



# *De Gaulle, el héroe*

Pierre Manent

*Hostis habet muros; ruit alto a culmine Troia...*

*Sacra suosque tibi commendat Troia penates.*

(Eneida, II, 290, 293).

*No llamo más a Roma un recinto de murallas*

*Que sus proscipciones colmen de animalias;*

*Esos muros cuyo destino fuese antaño de gran hermosura*

*Son de él sólo la prisión o, antes bien, la sepultura*

*Mas, para revivir allende con su primigenia fuerza,*

*De los falsos romanos se ha divorciado con entereza*

*y, puesto que en torno mío toda tengo su base verdadera,*

*Roma ya no está en Roma; donde estoy, está entera.*

(Sertorio, III, 929-936).

¿Qué es un héroe? ¿Existen los héroes? ¿Por qué deberíamos loarlos, si los hubiese? Me siento muy poco heroico para responder a preguntas tan intimidantes; pero si en el ocio de mi alma o, al menos, de mi mente, dejo sin explicar lo que los realistas llaman realidad, si conjuro posibilidades remotas, si sueño en hazañas inusitadas, ningún hombre moderno desde Napoleón parece corresponder con exactitud a la convención poética del heroísmo más que Charles de Gaulle. En verdad, si héroes hay, De Gaulle es un héroe.

Traducción del inglés: Mario A. Zamudio Vega.





Digo héroe, no digo un gran hombre. Aunque De Gaulle fue un gran hombre o, en todo caso, un gran hombre de Estado en la segunda parte de su carrera, cuando sin la ayuda de nadie fundó la V República, la primera República de aceptación general en la historia de la Francia posterior a la revolución. Entre 1940 y 1944 no pudo ser un hombre de Estado, simplemente porque el Estado, el Estado legítimo, no existía.

De mayo a junio de 1940 Francia sufrió lo que me veo tentado a llamar una “derrota épica”; en unos cuantos días lo que alguna vez prácticamente todo el mundo había creído el ejército más fuerte del globo fue superado en estrategia, flanqueado, burlado, sobrepasado en potencia de fuego, puesto en fuga y hecho pedazos por el ejército alemán, que en los primeros días procedió con demasiada rapidez como para detenerse a hacer prisioneros. A ese desastre militar siguió inmediatamente, o tal vez lo precedió, o en todo caso lo acompañó, el pánico político. En sólo unas semanas el gobierno francés había huido al Loira y, después, a Burdeos. En ese refugio inseguro, Paul Reynaud, el desconcertado presidente del Consejo, renunció, y lo sucedió el mariscal Pétain, quien al menos sabía lo que quería: el armisticio. Menos de un mes después, Philippe Pétain recibió plenas facultades ejecutivas y legislativas de la Asamblea Nacional, que así se autoinmolaba junto con la III República. No sólo la nación francesa había sufrido una derrota humillante a manos del enemigo hereditario, sino que el régimen republicano también se había desintegrado bajo el impacto. Aun antes de la firma del armisticio, el 22 de junio, De Gaulle, entonces subsecretario de Defensa, había volado a Londres, donde el 18 de junio emitió su *Llamamiento* al pueblo francés a la resistencia.

#### LA CUESTIÓN DEL ARMISTICIO

Del rechazo de De Gaulle al armisticio brotó toda la épica gaullista. Nuestra comprensión y evaluación de la conducta de De Gaulle durante la segunda guerra mundial depende de nuestra comprensión y evaluación de ese rechazo.

De Gaulle consideraba el armisticio como la falta capital del gobierno de Pétain. Sabía que, en ese momento, la batalla en suelo francés estaba perdida, por lo que se imponía alguna especie de tregua e incluso de capitulación. El



gobierno pudo haber ordenado legítimamente a los comandantes en el terreno que firmaran la tregua o una capitulación “local”, pero, al mismo tiempo, habría tenido que retirarse a Argelia, “llevando consigo el tesoro de la soberanía francesa, que nunca en catorce siglos se había rendido” (*Mémoires*, 3:249). Para tal fin –salvar la soberanía francesa–, el gobierno aún tenía los medios: la ancha extensión del imperio, la flota intacta, la casi completa fuerza aérea, las tropas que servían en África o en el Medio Oriente o las que todavía se podían rescatar de Francia. En opinión de De Gaulle, los actos por los que más a menudo se culpa al régimen de Vichy –la “colaboración” con el ejército alemán, e incluso con el régimen nazi, y la entrega de refugiados y judíos a la Gestapo– fueron una consecuencia ineludible de esa primera abdicación de la soberanía.

La cuestión del armisticio es un asunto muy difícil de casuística moral y política. Lo sorprendente es que el armisticio no fuese añadido al cargo contra Pétain en su juicio, algo que causó la ira de De Gaulle. En sus *Mémoires*, Raymond Aron escribió así: “me incliné a creerlo inevitable [el armisticio]. De cualquier manera, no me pareció que los que lo habían firmado o aceptado quedarán deshonrados por ello”. ¿Qué podemos decir?

En primer lugar, debemos tener en mente que si concedemos la legalidad del armisticio, concedemos, en consecuencia, la legalidad de Vichy, que fue creado con el propósito de firmar el armisticio. Si concedemos la legalidad de Vichy, concedemos la legalidad de la política de Vichy, porque esa política, en su línea principal, se desprende del armisticio (y de lo que me perdonarán que llame el “espíritu del armisticio”). Todo consistía en una cuestión de salvar lo que se podía salvar, de negociar, maniobrar y transigir con el propósito de proteger al pueblo francés, tanto como fuese humanamente posible, de las consecuencias de su derrota. Si se adopta este enfoque, los franceses en general, entre ellos los judíos franceses, se encontraban protegidos en cierta medida por la existencia de Vichy. Como cuestión de principio, y aun de justicia, es difícil tan pronto como se ha aceptado su nacimiento no encontrar excusas para un régimen que sólo estaba buscando excusas. Una vez que las circunstancias y la necesidad han sido aceptadas como el principio de un régimen, las circunstancias y la necesidad hablan con una gran fuerza en defensa de lo que sea que el régimen haya hecho.



Sin lugar a dudas, Raymond Aron tuvo razón al hacer notar que no todos los primeros partidarios de Vichy fueron hombres moralmente objetables, ¡habría habido muchos hombres moralmente objetables en Francia en la época! A propósito, aunque de mala gana, De Gaulle también concedió eso en sus *Mémoires*; sin embargo, no es una cuestión sobre la calidad moral de este o de aquel, sino del contenido moral de una posición o decisión política. En opinión de De Gaulle, el armisticio era totalmente objetable porque significaba la renuncia a una soberanía a la que nunca había renunciado ningún gobierno francés, a la que no había renunciado ningún otro gobierno europeo (los gobiernos *legales* polaco, belga, holandés, etcétera, habían huido a Londres, como lo hizo De Gaulle). La renuncia a la soberanía es el acto más grave que puede llevar a cabo un actor político en su calidad de político.

Habrà quien objete que esa grandilocuente soberanía es sólo un discurso pomposo, porque en junio de 1940 Francia ya no era soberana de ninguna manera, y no podía, por ningún medio bueno o malo a disposición de los franceses, volver a ser soberana. No entraré en una discusión acerca de la viabilidad del traslado de la soberanía francesa a Argelia ni abundaré en el significado, o significados, de esa palabra tan preñada de importancia como es “soberanía”, pero sí me aventuraré a hacer una observación sobre la relación entre la derrota y la voluntad política.

¿Qué significa reconocer la derrota? ¿Significa admitir: “hemos sido derrotados en el campo de batalla”? Gaullistas y vichystas estaban de acuerdo en ese resultado, por lo que, entonces, la pregunta es: ¿se acepta y se consiente la derrota que se reconoce? Esa es la cuestión. Resulta tentador describir a los partidarios de Vichy como realistas, tal vez faltos de generosidad pero duros, y a los gaullistas como paladines aguerridos pero ilusos. Nada podría ser más erróneo.

La interrogante general es: ¿qué elementos de la realidad se toman en consideración?, o, ¿en qué marco de espacio y tiempo, en qué “todo”, se vive y se pretende actuar? Si la nación, el cuerpo político, ha durado catorce siglos y si el deseo natural y noble es ver que dure indefinidamente, no se podría consentir en una derrota que significase la destrucción forzada de su vida independiente.



Existe un desfase favorable entre una gran colectividad política y cualquier derrota, por contundente que sea: una desproporción de sustancia, una desproporción de peso. Una colectividad política pequeña como, por ejemplo, una pequeña tribu, puede verse completamente sacudida en su existencia legítima por una derrota militar aplastante, pero no así una gran colectividad política. Sólo los obstinados rechazarán que lo que uno se ve obligado a reconocer da respuesta a la nobleza moral de la vida política. A la inversa, podría ser que aquellos que aceptan la derrota terminen por no reconocerla; los partidarios de Vichy, como ya se hizo notar, afirmaban que su misión era proteger al pueblo francés, tanto como fuese humanamente posible, de las consecuencias de la derrota. El viejo Pétain, el fantasma imponente y conmovedor de una victoria desperdiciada, tenía la intención de interponerse, y estaba destinado a ello, entre los franceses y la realidad. Esa variedad de huida complaciente de la realidad es lo que, más que sus crímenes, dio a Vichy su carácter insoportable: un aspirante a Padre de la Patria que intimidaba a admirantes, sermoneadores increíbles e incrédulos. Porque cesó de combatir, Vichy no reconoció ni pudo reconocer que la guerra seguía adelante.

Desde el armisticio anterior (noviembre de 1918) o, al menos, desde la ocupación del Ruhr (1923), Francia había dejado de actuar como una colectividad política independiente. Siguiendo con torpeza la torpe guía de Gran Bretaña, había ido a tropezones de circunstancia en circunstancia hasta que se tropezó con la guerra y con la derrota. En junio de 1940 se estaba preparando para seguir servilmente la guía perversa de la Alemania nazi. Ese nudo gordiano de estratagemas, veleidades, torpezas y desastres tenía que ser cortado. La situación de Francia clamaba por un acto de voluntad libertador.

El *Llamamiento* del 18 de junio era precisamente ese acto. Era libertador, en primer lugar, porque era sólo eso: un acto de voluntad. Mediante él, un solo hombre, sin grandes títulos ni mando y que pronto sería declarado fuera de la ley y sentenciado a muerte, afirmaba que el hombre político y moral puede elevarse por encima de las circunstancias, por graves que éstas sean. Ese acto de mera voluntad moral también transmitía más comprensión política que la que se podía encontrar en el establecimiento político y militar que quedaba en la Francia destrozada. En el peor momento de Francia, el pronunciamiento de



dos minutos de De Gaulle trazó con empuje y agudeza asombrosos el mapa de las circunstancias, la naturaleza del todo y el carácter de la guerra en la que había ocurrido el desastre. He ahí una guerra prolongada cuyo campo de batalla era el mundo mismo y en la que, consecuentemente, la derrota francesa era un episodio local y revocable. En esa proclama constituyente y preñada de significado, De Gaulle dio tiempo y espacio, es decir, fe y razón, a los franceses acorralados y ciegos por la desesperación.

#### DE GAULLE Y LA III REPÚBLICA

¿Podemos discernir, en la primera parte de la carrera de Charles de Gaulle, indicios de esa contundente fuerza y gran voluntad con las que un general subalterno convocó a los oficiales y soldados franceses en servicio a ir a Londres y colocarse bajo su mando para continuar la lucha y mantener a Francia en pie de guerra?

La primera parte de la carrera de De Gaulle no parecía anunciar lo que éste llegaría a ser; en el periodo de entreguerras fue sobre todo un reformista militar y un cabildero con entusiasmo por la escritura. En cuanto cabildero, era incansable, obstinado, desprejuiciado y astuto, aunque a muchos los cansaba su determinación o los contrariaba su arrogancia. En cuanto militar reformista, mostraba una lucidez extraordinaria de la que dan testimonio buenos jueces tan diferentes como los generales alemanes y sir Winston Churchill. No soy experto en materia militar, pero había una gran manzana de la discordia: ¿se debían emplear los tanques tan sólo subordinados a la infantería, como sostuvo el alto mando francés hasta el final, siguiendo rutinariamente el antecedente de la gran guerra, o era necesario diseñar y construir un nuevo instrumento militar que fusionara la infantería y los tanques en un todo orgánico nuevo: *la division blindée* o *cuirassée*, *the armoured division*, *die Panzerdivision*, *la división blindada*? En la nueva ventaja que la nueva tecnología daba a la actitud y conducta ofensivas, De Gaulle vio algo más que una cuestión táctica: se contaba con un nuevo instrumento de guerra para una nueva clase de guerra y un nuevo mundo. El 26 de enero de 1940, mientras Francia seguía adormilada por la guerra falsa, De Gaulle hizo un último esfuerzo y envió un *memorandum* a



ochenta personalidades importantes del gobierno y del ejército; en él, su último y concienzudo alegato, advertía:

A ningún precio el pueblo francés debe ceder a la ilusión de que la inmovilidad militar actual estaría acorde con el carácter de la guerra en curso. Lo contrario es lo cierto. El motor confiere a los medios de destrucción modernos una potencia, una velocidad, un radio de acción tales, que el conflicto presente estará marcado, tarde o temprano, por movimientos, sorpresas, irrupciones y persecuciones cuya amplitud y rapidez rebasarán infinitamente las de los acontecimientos más fulgurantes del pasado [...] ¡No nos equivoquemos! El conflicto que ha comenzado bien podría ser el más extenso, el más complejo, el más violento de todos aquellos que devastaron la Tierra. La crisis, política, económica, social, moral, de la cual surgió, reviste una profundidad tal y presenta tal carácter de ubicuidad que desembocará fatalmente en una convulsión total de la situación de los pueblos y de la estructura de los Estados. Ahora bien, la oscura armonía de las cosas procura a esta revolución un instrumento militar, el ejército de las máquinas, exactamente proporcionado a sus colosales dimensiones. Ya es hora de que Francia saque sus conclusiones. Como siempre, del crisol de las batallas surgirá el nuevo orden y se entregará finalmente a cada nación según las obras de sus armas.

Sin duda alguna, de Gaulle pertenecía al pequeño grupo –entre la gente decente– que comprendía lo que estaba pasando.

En cuanto reformista militar, De Gaulle obtuvo más reprimendas que atención y más atención que éxito; no obstante, recibió un reconocimiento intrascendente cuando, habiendo ya sentado sus reales la *débâcle*, se le dio el mando de la cuarta *division cuirassée*, que no existía exactamente, él tuvo que darle vida y ponerla en acción. Y llevó a cabo su ingrata misión con toda diligencia y honorabilidad. En retrospectiva, son de mayor interés para nosotros los nombres de aquellos que prestaron una atención seria a la doctrina militar de De Gaulle: Léon Blum y Paul Reynaud. En el caso de Blum, aparte la simpatía que parece haber surgido entre esos dos hombres tan distintos, su interés siguió siendo principalmente teórico: en cuanto socialista convencido, no podía creer que realmente importaran las cuestiones militares ni que los debates mi-



litares fuesen mucho más que tretas o, al menos, engaños *burgueses*. Paul Reynaud tuvo una visión más clara y más sentido común, si me permiten la palabra, entre los políticos franceses. De Gaulle lo convenció pronto, y de su acuerdo surgió un grupo de trabajo. Reynaud llevó la visión y el sentido de urgencia del coronel a la Cámara, pero todo fue en vano; y el grupo de trabajo habría resultado infructuoso de no haber sido por una jugada decisiva: el 6 de junio, con el desastre ya sobre ellos, Reynaud convocó a De Gaulle al gobierno como subsecretario de Defensa. Debido a su cargo, se facultó y confió al *général de brigade à titre temporaire* para que estableciera relaciones con el gobierno inglés y su nuevo primer ministro, Winston Churchill; sin ello, De Gaulle habría seguido siendo un personaje interesante conocido únicamente por los especialistas en historia militar.

Me parece que no sólo es justo sino ilustrativo atraer la atención hacia la serie de obstáculos y de actos de voluntad que, en un gran juicio de la historia, colocaron a un puñado de hombres en posición de dominar el mal desatado. También resulta un cuadro dramático el observar la manera como el poco valeroso Reynaud, enviado en marzo de 1940 como primer recurso, convocó a De Gaulle, quien todavía estaba en una posición subordinada, unos cuantos meses más tarde. Reynaud no se atrevía a seguir su consejo y retirarse a Argelia, pero, por fin, precisamente en el último minuto, De Gaulle estaba en posición de actuar por sí mismo; además, Reynaud no cedió al desaliento ni a las presiones derrotistas antes de dejar a De Gaulle ir a Londres con 100 000 francos de un fondo secreto. Unos cuantos días antes, en el río Loira, mientras el último gobierno de la III República tomaba un breve respiro en su huida hacia Burdeos, un hombre fuerte, bueno e inteligente, Georges Mandel, reconfortó a De Gaulle, quien estaba a punto de renunciar, y lo persuadió de que siguiera adelante.

Al examinar esta hora del juicio, observo la aterradora soledad de De Gaulle, mientras casi todo el aparato militar y político francés estaba consintiendo en la derrota; sin embargo, veo también que unos cuantos hombres generosos le tendieron la mano y lo enviaron con Churchill, quien, a su vez, le dio la crítica bienvenida. Esos pocos hombres generosos eran también hombres con discernimiento: reconocieron la capacidad de De Gaulle y la bondad y pertinen-



cia de su perspectiva política. Su actitud basta para establecer el hecho de que los primeros pasos decisivos del general no fueron un fenómeno arbitrario. ¿O podríamos decir que, de una u otra manera, esos hombres adivinaron la misión de De Gaulle?

#### LA MISIÓN

El empleo de la palabra “misión” es adecuado porque el rumbo de la acción de De Gaulle era radicalmente diferente de todo lo prescrito por la ley, ya fuese la ley política o Constitución francesa, ya, por ejemplo, el derecho consuetudinario inglés o lo que se llama la ley de las naciones. Podríamos decir que De Gaulle lo subordinaba todo, incluso toda ley política o costumbre, a una ley primordial: la ley del *honor* como él la veía. La legitimidad de su acción reside en su motivo: el honor.

El honor, particularmente el militar, no tiene un lugar reconocido en la vida moral moderna, a pesar de, o debido a, la amplitud y destructividad de las guerras modernas. En realidad, en cuanto motivo independiente, el honor dejó de existir hace mucho tiempo. Un rumbo de acción se alaba, o al menos se autoriza, cuando puede afirmar como sus motivos la protección de la vida, el alivio de la condición del hombre, el mejoramiento de la condición humana, la realización de la justicia social, el autogobierno o incluso el engrandecimiento de una asociación humana por sí misma o la consecución de algún fin ideológico. De Gaulle rechazaba todo motivo moderno o, en todo caso, no recurría a ninguno. Ingresó en el escenario francés y, pronto, en el mundial, impulsado y autorizado por ningún otro poder que el suyo, no como un guía autoproclamado que señala hacia un futuro resplandeciente, sino como un hombre que por casualidad está única y completamente dedicado a lo militar, en lo político o en lo nacional, y al honor personal.

Más tarde, a través del *Llamamiento*, De Gaulle retuvo y reclamó no más legitimidad que ese motivo de honor. Pudo reclamarlo porque en la prueba crucial, precisamente mediante su *Llamamiento*, estaba salvando el honor francés y porque en sus entrañas sabía que tenía la voluntad y la capacidad para soste-

nerlo hasta que el mundo se viera obligado a reconocer que Francia había recuperado su honor con su jerarquía.

El singular carácter de De Gaulle reside en este punto: se proclamó a sí mismo, simple e inflexiblemente, e hizo que otros lo admitieran, como el depositario del honor francés y, consecuentemente, de la soberanía y el destino de Francia. Fue designado como depositario no a través de delegación democrática o representativa alguna, sino por el solo poder de su propia voluntad y dedicación. No hubo nada de *antidemocrático* en su actitud; era realmente un depósito: tan pronto como las circunstancias lo permitieran, De Gaulle entregaría su poder y responsabilidad al sufragio libre del pueblo francés. Al extraordinario orgullo con que se colocó a sí mismo, no sólo por sobre toda la jerarquía militar y política francesa sino también por sobre la convención o legitimidad democrática misma, lo sucedió, en realidad lo acompañó, una extraordinaria humildad, a través de la cual hizo de sí mismo el siervo democrático del pueblo. En esa mezcla más que humana de orgullo y humildad reside el heroísmo de De Gaulle.

En su ser político y moral, De Gaulle no debe nada a la convención, a la legitimidad o a la costumbre democrática. En su acción política nunca se volvió contra la democracia; en realidad, ayudó con determinación a reinstalarla o a consolidarla dos veces. ¿No es ese entretrejo de magnanimidad y moderación distintivo de un verdadero gran hombre?

Es cierto que la nobleza intrínseca de un motivo humano no es prueba de la sabiduría de la acción que inspira. La energía del honor nacional puede generar más calor que luz. Consecuentemente, una gran parte de la habilidad analítica y retórica de De Gaulle estaba destinada a demostrar que el renacimiento de Francia no sólo era el deseo natural de todo francés decente, sino también el deseo racional de todo buen europeo y amigo del mundo libre; pero el renacimiento francés tenía sus condiciones, sus condiciones militares, políticas y morales. Casi toda la política de De Gaulle consistió en hacer que la resistencia francesa y las grandes potencias tradicionalmente aliadas de Francia, en particular la Gran Bretaña y los Estados Unidos, comprendiesen o, en todo caso, aceptasen esas condiciones.



## LA POLÍTICA DE CHARLES DE GAULLE

La *débâcle* de mayo y junio de 1940 llevó las relaciones de Francia con las dos grandes potencias anglosajonas a un punto de apoyo delicado. Francia e Inglaterra se distanciaron inmediatamente; cada una se sentía traicionada o, al menos, abandonada por la otra. Los ingleses reprochaban a los franceses el armisticio, que había dejado a Inglaterra sola y terriblemente expuesta al poderoso ejército alemán. Por su parte, los franceses reprochaban a los ingleses la escasez y conducta de su fuerza expedicionaria; les reprochaban Dunkerque y el haber contenido su fuerza aérea durante la batalla por Francia; les reprochaban... los pueblos derrotados tienen muchas quejas. En los Estados Unidos, Roosevelt y sus consejeros estaban asombrados por el derrumbe francés, y, a partir de ese momento, veían a los franceses, a todos, con desconfianza. Estos últimos, por lo tanto, recordaron a sus amigos estadounidenses la política de Washington después de la gran guerra y les confesaron que se sentían abandonados desde hacía mucho tiempo. No es sorprendente que, en ese contexto, las relaciones entre, por una parte, De Gaulle y, por la otra, Churchill y Roosevelt, fuesen espinosas muy a menudo. No tiene caso culpar a uno o a los otros dos. Churchill y Roosevelt tenían buenas razones para sospechar de De Gaulle, y viceversa; sin embargo, podemos tratar de examinar la política de De Gaulle bajo su verdadera luz.

La política de De Gaulle estaba fundamentada en una especie de ficción: el armisticio era nulo e inválido; Francia nunca había dejado de combatir, y el gobierno de Vichy no tenía ni pizca de legitimidad política o moral. Desde luego, esas proposiciones no concordaban con la realidad. Era necesario hacerlas verdaderas y reales mediante la acción de De Gaulle, quien tenía la intención de llevar a Francia, o al menos a tantas fuerzas francesas como fuese posible, otra vez a la guerra y lograr que las potencias aliadas aceptaran y reconocieran su participación, de tal suerte que, al final, Francia pudiera contarse, junto con los Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Soviética, entre los vencedores de Hitler.

Todo ocurrió consecuentemente; en un principio, no obstante, el éxito final de la estrategia de De Gaulle era tan improbable que, aunque algunos lo reco-



nocieron como una hazaña extraordinaria, otros lo consideraron como una parada ampulosa, una mentira hecha “verdad” no mediante la transformación de la realidad sino a través de su insistente reiteración. Es necesario examinar esta acusación, que fue sostenida, por ejemplo, por Hannah Arendt.

Una vez más, la interrogante general es la cuestión del marco de referencia. ¿En qué marco de espacio y tiempo, en qué todo, se pretende actuar o se examinan las acciones propias y las de los otros? Como lo subrayó De Gaulle repetidamente, el marco de referencia pertinente no se limitaba a dos meses desastrosos del año de 1940, ni siquiera a los pocos años que los antecedieron. Abarcaba la guerra de los Treinta Años, en cuyo transcurso Alemania hizo dos veces su intentona por el dominio europeo y mundial; además, se debe admitir que entre 1914 y 1918 Francia tuvo el mayor número de bajas a causa de los asaltos alemanes, y esa contribución sin par a la victoria de Occidente la dejó con un gran haber. A pesar de ello, poco después de la guerra, Gran Bretaña y los Estados Unidos le volvieron la espalda a Francia, que sentía en lo más íntimo que, debido a que había quedado completamente desangrada, no sería capaz de soportar sola, o con un apoyo otorgado a regañadientes, la próxima arremetida alemana. Ese sentimiento, o más bien conocimiento de abandono, explica en una gran medida las incoherencias de la política militar y diplomática francesa entre las dos guerras.

Más aún, ¿cómo pueden los ingleses hablar tan simplistamente de una “deserción” francesa en el periodo de mayo y junio de 1940, cuando la ofensiva alemana los encontró sin ejército? Si bien es cierto que ofrecieron una valiente resistencia ese mismo año bajo la inspiración de Churchill, resistencia que De Gaulle alabó una y otra vez, se puede añadir que Alemania no hizo su mejor esfuerzo en contra de las islas británicas. Puede ser más fácil resistir la derrota cuando no se ha sido atacado concienzudamente.

En cuanto a los Estados Unidos, habían abandonado tan desconsideradamente a su suerte a Europa después de la gran guerra, había apoyado tan ciegamente la recuperación alemana y su diplomacia se mantenía ahora tan atada a una opción vichysta irrealista e inmoral, que se le puede perdonar a uno, o así me imagino que se sentía el general en los días malos, si después de dos desastres en Sedán y dos recuperaciones en el Marne no se siente inclinado a so-



portar los aires de superioridad moral y la intimidación de los amistosos estadounidenses.

En realidad, tal parece que, en ocasiones, Roosevelt y sus consejeros se habrían sentido contentos de dejar a Francia y a los franceses vivir en una especie de neutralidad, mejorada ocasionalmente mediante negociaciones sobre el terreno con el tal procónsul de Vichy, como por casualidad ocurrió durante el imperio (como lo ejemplifica el acuerdo o entendimiento Darlan-Eisenhower en Argelia). Si se hubiese perseguido sistemáticamente esa línea política o si De Gaulle no hubiese estado ahí para impedir que se pusiera en práctica, nos habría llevado a todos al desastre; sin embargo, el marco de referencia debe comprender no sólo la cantidad adecuada de pasado, si se me permite decirlo así, sino también la cantidad adecuada de futuro: debe tomar en cuenta lo que vendrá después de que se obtenga la victoria. De Gaulle advirtió que si el pueblo francés no sentía que Francia se encontraba entre los victoriosos, si sentía que después de haber sido conquistado y maltratado por los alemanes era desdeñado y condenado por las potencias aliadas, a las que, en el fondo de su corazón, había permanecido fiel, se corría el riesgo de que volviera la vista hacia los comunistas (a propósito, debo confesar que nunca ha dejado de sorprenderme el que los derechistas franceses no puedan llegar a comprender la buena fortuna que fue para Francia y para ellos mismos o sus semejantes de 1944 que el hombre que encarnaba la *Résistance* y la *Libération* a ojos de los franceses y del mundo debiera ser un general conservador y católico romano).

En una importante carta a Franklin Delano Roosevelt (del 26 de octubre de 1942), De Gaulle escribió: “La victoria debe reconciliar a Francia con sus amigos: sería imposible si no tuviera parte en ella”. El gran presidente estadounidense no respondió.

No se puede acusar a De Gaulle de ignorar la realidad o de hacer que sus partidarios la ignoraran. Ya en el *Llamamiento* mostró una comprensión muy clara de la naturaleza y las condiciones de la guerra que apenas comenzaba. Hizo hincapié en que Francia no estaba sola, que el imperio británico seguía adelante con el combate; y, con gran habilidad, sugirió que la “enorme industria” de los Estados Unidos contribuiría pronto “a vencer al enemigo por medio de una fuerza mecánica superior”. De Gaulle sabía lo agradecida que Fran-



cia estaba destinada a sentirse hacia la Gran Bretaña y los Estados Unidos, pero lamentaba que las potencias anglosajonas, obnubiladas por la *débâcle*, fuesen tan propensas a olvidar cuán lejos se extendía la guerra en el pasado y, en consecuencia, cuánto debían a Francia. La conducta de De Gaulle durante la guerra no se basaba en una “mentira”, ni siquiera en una mentira destinada a convertirse en verdad más tarde; era, en el torbellino del presente, un recordatorio y una expectativa de justicia.

No cabe duda de que el general se hizo “insoportable” para los ingleses y los estadounidenses. Llega incluso a aceptarlo en sus *Mémoires*, sin arrogancia ni pesar; y no debía, puesto que no podía ser otro que el “insoportable”. Era el escrupuloso e intransigente depositario de todas las señas particulares de la soberanía francesa, porque esas señas particulares era todo lo que quedaba del tesoro de Francia y de lo que pronto daría al alma viviente de la nación los medios para animar su cuerpo en recuperación. Necesariamente, su intransigencia fluía de su impotencia, y de la de Francia. A propósito, se debería perdonar a un observador europeo si hace notar que una aparente falta de moderación en la búsqueda de la soberanía no es necesariamente un vicio; que la conclusión de la guerra habría sido más propicia para la libertad en el este de Europa si Churchill no hubiese decidido seguir diligentemente la guía de Roosevelt en un principio; y que está un poco molesto cuando ve al gran Churchill anunciar al mundo, con la emoción de una desposada, que ha tenido el privilegio de compartir la confianza e intimidad del presidente durante unos cuantos días embriagadores. Un poco de “arrogancia” contumaz gaullista habría sido buena para la libertad europea.

#### LA DIFICULTAD DE SER JUSTO

A muchas personas inteligentes y buenas en Francia les desagrada Charles de Gaulle o incluso lo odian. La mayoría de ellas se encuentra marcadamente a la derecha del mapa político. Ese fenómeno exige al menos una explicación tentativa. Una vez más debemos volver a la *débâcle* al armisticio, así como a la asfixiante pena que significaron para tantos franceses. La desesperación es como el pecado, da origen a dos conjuntos de sentimientos; empuja al corazón en dos



direcciones: uno puede desear, o al menos aceptar, consuelo o cura; o puede rechazarlos y preferir seguir desesperando o pecando. Yo sugeriría sin problemas que los gaullistas son amantes de Francia que aceptan con gusto el consuelo, y que los antigauillistas son amantes de Francia que desdeñan el consuelo.

Nadie, en Europa o en el mundo, mereció ser derrotado, esclavizado, atormentado o asesinado por Hitler. En consecuencia, a pesar de todas sus faltas, Francia no merecía ser humillada, maltratada ni corrompida por esa maldición. De Gaulle fue el sanador y consolador de Francia. Las buenas personas francesas que desechan toda idea de ser sanadas o consoladas son más contumaces de lo que nunca lo fue De Gaulle.

No pretendo convencer al lector. Tal vez haya notado que el lenguaje que uno adopta espontáneamente cuando habla de De Gaulle no es el lenguaje apropiado de casi ningún otro estadista, por grande que sea. ¿Cómo explicamos la irresistible aparición de palabras y pensamientos propios a la épica y a la religión? La hipótesis más sensata parece ser, para mí, que Charles de Gaulle es en verdad un héroe. ❧